



## GERARDO VERA, director del Centro Dramático Nacional

### ‘POR EL TEATRO CONOCES LA SALUD MENTAL DE UNA SOCIEDAD’

Después de haberse batido en todas las lides del teatro, una llamada del Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música –INAEM- ofreciéndole la dirección del Centro Dramático Nacional parecía congruente. No obstante, el gesto de aceptar modificaba en alguna medida la trayectoria que había comenzado a seguir, encauzando su actividad entre el cine y la ópera. Gerardo Vera, que nació en Miraflores de la Sierra, Madrid, el 10 de marzo de 1947, analiza su presente en los días en que entra en esa mítica edad de los 60.

JUAN ANTONIO LLORENTE

**R**ECIBIR la propuesta de dirigir un teatro público que se califica de Nacional le pudo dar temblores...

—Lo llevé mal. Cuando entré vi que el INAEM era una máquina que se debía engrasar para que funcionase como es debido, y afortunadamente se está consiguiendo gracias a su director General, José Antonio Campos. Hasta tal punto, que el año que viene se va a convertir en una agencia con otro tipo de planteamiento, que favorecerá a las unidades de producción. Todo se ha ido gestando

a lo largo de estos cuatro años con una voluntad clarísima suya, consciente de que con estos mimbres no podíamos hacer teatro.

—De ahí su angustia inicial.

—Un agobio que duró mi primer año y medio, hasta el punto de tener muchos días ganas de marcharme, porque la mentalidad de los ministerios no entiende los trabajos creativos. Con esos concursos que te obligan a hacer para las escenografías, hechos desde la óptica de gente que sabe muy poco de cómo funciona el teatro. Todo pasa por el ordenador que tengo junto a mi mesa. Si el sistema del INAEM se cae, éste también, y debes esperar hasta

“Soy un poco adúltero. Voy pasando con mi bagaje intelectual, utilizando en un medio lo que he aprendido en otro”

que envíen un informático para que lo arregle. Ni en eso tienes autonomía. En las tarjetas de visita tienes que poner el nombre con el tamaño que han decidido los funcionarios para todos. Para alguien como yo, es un corsé duro que no habría podido soportar ni dos meses de no haber estado ahí Campos y su equipo.

—El pasado año dirigió “Divinas Palabras”; éste, “Un enemigo del pueblo”. La cuota de “obra por temporada”, ¿se la ha fijado usted?

—Me lo he fijado yo. Incluso en el primer año no hice nada, porque preferí centrarme en organizar el equipo estudiando qué problemas podía haber. Hasta que empecé a echar de menos mi faceta creativa, y dije que la única manera de sobrevivir aquí era contar con un espacio de expresión propio.

—Dice Celaya que la poesía es un arma cargada de futuro. ¿El teatro es un arma cargada de presente?

—Hay una frase de Bertold Brecht que incluimos en la última tarjeta de felicitación navideña, y que yo asumo “el arte no es un espejo para reflejar la realidad, sino un martillo para darle forma”. De eso se debe ocupar el teatro: de dar forma a una sociedad. Por el teatro de una sociedad conoces la salud mental de sus individuos.

—Compromiso y riesgo. ¿Los necesita para articular un montaje?

—El teatro para mí es un reflejo especial de la realidad, no una copia. El teatro profundiza en aspectos de la realidad que ninguna de las otras artes puede, porque tiene al hombre, al actor, como eje que vertebra toda la creación. Ese análisis del alma humana con tanta capacidad de comunicación, sólo se produce en el teatro. De ahí la importancia de saber transmitir el alma del espectáculo a través del alma del actor.

—Porque usted empezó como actor...

—Empecé en “Tábano” con Santiago Ramos, Gloria Muñoz, Juan Margallo... y tengo el escenario muy incorporado. Hay actores de cine que no saben estar en el escenario, mientras que yo, en el teatro, siento un relámpago de que algo pasa. Me río mucho de algunos actores jóvenes que dicen que para estar en escena en teatro deben sentirse relajados “como en la vida misma”, porque eso es una equivocación. El teatro te obliga a actuar, a moverte, para habitar las cosas de una manera determinada. En él aplico en parte el sentido de la observación del detalle que tenemos los directores de cine... En ese aspecto soy un poco adúltero. Voy paseando con mi bagaje intelectual de una cosa a otra, utilizando en un medio lo que he aprendido en otro. Eso hace que en el escenario nunca me olvide del cine, ni me quite del todo de la cabeza el teatro cuando estoy detrás de una cámara.

—¿Entonces sirven los mismos recursos para llegar al público que respira junto al actor que al que ve la historia en una gran pantalla de cine?



—Sí. Y esa es siempre la emoción. Ni puedo trabajar sin emoción, ni entender un espectáculo o una película que no la tenga. Tengo que notar que el actor o el director se están dejando ahí parte de la vida, testimoniando partes profundas de su manera de sentir. Que no trabajan sólo por ganar dinero cada mes, o porque les da prestigio y salen en los periódicos, sino porque están comprometidos vitalmente con lo que hacen. Noto cuando una película tiene alma y cuando no la tiene. Si el director vive la película y se desangra detrás de la cámara frente a los actores, esa película te llega y te emociona. ■